



## AGRAVIOS Y DESAGRAVIOS DE LA REINA SULTANA.

*Relacion de como ha sido acusada y sentenciada á muerte por cuatro caballeros Moros, y cuatro caballeros Cristianos la defendieron y libraron de la muerte; y como al fin se hizo Cristiana.*

Cante gloriosos elogios,  
con acordes consonancias  
el triunfo mas memorable,  
que ha habido entre espada y lanza,  
y de un cauteloso agravio  
la mas heroica venganza.  
Atencion, noble auditorio.  
En el tiempo que en Granada  
tremolaban los Alárabes  
banderas mahometanas,  
entre las nobles familias,  
eran quien mas la ilustraban  
los Alabeces, Gazules,  
Zegries, Gomeles, Mazas,  
Ayarques y Reduanes,  
y aquella tan sublimada  
familia de Abencerrages,  
que tenia afianzada  
de Audalá Rey la corona,

por su mucha confianza.  
Al verlo favorecidos  
tanto del Rey, se abrasaban  
en envidia los Zegries,  
y con cautelosa infamia  
intentaron derribarles  
del favor de Rey y gracia,  
diciendo que Albir Hamete  
Abencerrage, trataba  
torpemente con la Reina,  
é injustamente intentaban  
levantarse con el reino,  
dando al Rey muerte tirána.  
Asi al Rey lo propusieron,  
que amortecido quedaba.  
Que eran testigos de vista  
decian, y por ser clara  
verdad, lo defenderian  
públicamente en campaña.

Cuando el Rey en sí hubo vuelto,  
 dijo, ardiendo en viva rabia:  
 todos los Abencerrages  
 hoy han de morir, y manda  
 que los llamen uno á uno,  
 y con este ardid y traza  
 degolló hasta treinta y seis:  
 y con todos acabara,  
 á no revelarlo un page.  
 Alborotóse Granada,  
 dividida toda en bandos,  
 y á gran desdichas llegara,  
 si el muy valeroso Muza  
 todo no lo sosegara.  
 Mandó el Rey llamar los Grandes,  
 y juntos en la real sala,  
 salió el Rey todo enlutado,  
 y les propuso la causa:  
 que eran los Abencerrages  
 traidores, pues intentaban  
 quitarle el reino y la vida;  
 y que la Reina trataba  
 con Albin Hamete amores,  
 habiendo dentro en la sala  
 cuatro testigos de vista,  
 que unánimes declaraban.  
 Levantóse allí, diciendo  
 un Amoradi en voz alta:  
 es la Reina muy honesta,  
 y en ella no cabe mancha,  
 y esos caballeros mienten,  
 y lo mantendré en campaña.  
 Dijo aquí el discreto Muza:  
 lo que importa es el llamarla  
 aquí á presencia de todos,  
 y la acusacion se haga.  
 Vino con pompa y grandeza,  
 con sus doncellas y damas.  
 Dijo Muza; Reina hermosa,  
 sabrás, como aquí en la sala  
 hay Caballeros que ponen  
 dolo en tu honor y tu fama,  
 y que con Albin Hamete  
 e y conyugal quebrantas,  
 Este juicio se remite  
 al tribunal de las armas:  
 cuatro son los que te acusan,  
 otros cuatro por tí salgan  
 á defender lo contrario,  
 y si vence su arrogancia,  
 tu honor queda acrisolado;  
 mas si queda la campaña  
 por los cuatro que te acusan,

se amancillará tu fama,  
 y por alcoranas leyes  
 tienes de morir quemada;  
 treinta dias hay de plazo.  
 Ella sin turbarse en nada,  
 mirando á un lado y á otro,  
 como que se hallaba salva,  
 viendo que los circunstantes  
 muy mesurados estaban,  
 tuvo por cierta evidencia  
 lo que discurrió ser chanza.  
 Y dijo muy animosa,  
 con gallardía bizarra:  
 cualquier Caballero Moro,  
 que en mi honor ha puesto tacha,  
 miente traidor y villano;  
 y aquí ahora sin tardanza  
 pónganme la acusacion  
 tan sin fundamento y falsa,  
 que yo confio en Alá,  
 que me ha de sacar en palmas.  
 Y guardando ceremonias,  
 los traidores se levantan,  
 y ponen en acusacion  
 con todas las circunstancias.  
 La triste Reina afligida  
 se despoja de sus galas,  
 y en la torre de Comares  
 mandó el Rey asegurarla,  
 con la orden muy espresa,  
 que no fuera visitada  
 de nadie, sino de Muza  
 por ser de su confianza.  
 De sus damas se despide,  
 llevándose en su compañía  
 tan solo la mas querida,  
 que era la hermosa Esperanza.  
 En tan amargo conflicto  
 tal vez ya desesperada  
 queria abrirse las venas,  
 porque no se les logrará  
 el ver su muerte afrentosa.  
 Y animando la Esperanza,  
 le dijo: sabrás, señora,  
 que yo conozco en mi patria  
 un famoso Caballero,  
 que don Juan Chacon se llama,  
 y sé que si de él te vales;  
 libre ha de quedar tu fama.  
 La Reina tomó el consejo,  
 y al punto escribió una carta,  
 diciendo: señor don Juan,  
 á quien realza la fama

gran señor de Cartagena,  
por estar bien informada,  
que ajenas honras defiendes,  
y que al desvalido amparas,  
esto, señor, me ha obligado  
á escribirte mi desgracia.

Yo Reina Sultana triste  
necesito que me valgas:  
por un testimonio falso  
soy de adúltera acusada;  
y por Alá te aseguro,  
que sin causa estoy culpada.

Y si no doy Caballeros,  
que me defiendan sus armas,  
la sentencia de mi muerte  
se ha de ver ejecutada.

Cuatro son los que me acusan,  
y otros cuatro la ley manda  
sean los que me defiendan.

Si por ser infiel reparas,  
yo creo en Dios uno y trino,  
y en su Madre soberana,  
y el santo bautismo pide  
con mil deseos el alma.

La carta leyó don Juan,  
y notando que Cristiana  
queria hacerse la Reina,  
se determinó librarla.

Y escribiendo la respuesta,  
la cifró en estas palabras:  
el postrer dia del plazo  
estaremos en Granada

yo y otros tres Caballeros,  
y en esto no ha de haber falta.

No digo mas. Talavera.

Buscó don Juan sin tardanza  
á tres nobles Caballeros  
de mucho valor y fama,  
don Manuel Ponce Leon  
fué el primero que buscaba,

don Alonso de Aguilar  
por segundo le nombraba,  
y por tercero al Alcaide  
de los Donceles señala.

Así que juntos los tuvo  
les manifestó la carta,  
y ofresiéndose gustosos,  
fingieron que iban á caza.

Todos la arabiga lengua  
con destraza la cortaban;  
armáronse fuertemente,  
y sobre las finas armas

llevaban trage turquesco,  
porque á su intento ayudaba.

Dispuestos para el camino,  
aceleraron la marcha,

y llegando á darle vista  
á la Vega de Granada,  
se metieron en el soto,  
en donde la noche pasan.

Y á proseguir su camino  
saliendo por la mañana,  
vieron que venia un Moro:  
aguardaron que llegara,  
y hablándole en su language,  
alegres le saludaban;

no menos bizarro el Moro  
correspondió á sus palabras.

Luego al punto les pregunta,  
quién eran, ó qué buscaban?

Sómos Genizaros Turcos,  
dijeron, y desde Adra

hemos venido á estas vegas:  
que nos han dicho que andan  
ciertos Cristianos por ellas,

que hacen dañosas entradas,  
y deseamos hallarlos,  
para herirlos en batalla.

Dijo el Moro: en cada uno  
vereis un Marte en campaña;

vamos andando, que yo  
os contaré sus hazañas:

y les refirió de paso  
cuanto sucede en Granada.

Llegada la triste hora,  
bajan la Reina enlutada,

y todos los Caballeros  
iban con sus negras bandas,

Aquí fueron los lamentos  
por balcones y ventanas,  
los llanto y gritería

que toda la gente armaba,  
de ver su afligida Reina

llorando todas las damas.

Y luego al instante mismo  
que llegó á la Vivarrambla,

la subieron al tablado,  
y en tal estrado sentada,

quedó la Reina llorosa,  
muy triste y desconsolada,

hechos sus ojos dos fuentes,  
toda de penas cercada.

Y en otra segunda parte  
proseguiré lo que falta.

## SEGUNDA PARTE.

Eran las dos de la tarde  
 sin haber dispuesto nada;  
 levantóse un Caballero,  
 diciendo aquestas palabras.  
 Señora, qué determinas?  
 pues si el término se pasa,  
 se pondrá en egecucion  
 la sentencia promulgada.  
 Aqui hay muchos Caballeros  
 de grande valor y fama,  
 que te quieren defender,  
 solo tu licencia aguardan.  
 La Reina dió por respuesta:  
 por estar apalabrada,  
 aguardaré otras dos horas;  
 y si veo me hacen falta,  
 admitiré la fineza  
 de aquellos que bien me hagan.  
 No sé paso media hora,  
 cuando oyeron grande zambra:  
 fué que entraron cuatro Turcos,  
 con un Moro, en quien reparan,  
 y ser Gazul conocieron,  
 pero á los Turcos en nada.  
 Llegó don Juan al tablado,  
 donde los jueces estaban,  
 pidió para hablar licencia  
 con la Reina dos palabras.  
 Los jueces la concedieron,  
 fue donde la Reina estaba,  
 y porque todos lo oyesen,  
 comenzó á hablar en voz alta,  
 sepa vuestras Real Alteza,  
 que las maritimas aguas  
 nos aportaron á tierra  
 en este lugar de Adra;  
 y viniendo á recorrer  
 estas vegas de Granada,  
 hoy tuvimos la fortuna  
 de saber vuestra desgracia;  
 si quereis darnos licencia,  
 tomaremos la de manda.  
 Y con disimulo airoso  
 dejó caer úna carta,  
 que la Reina alzó al instante,  
 y dijo; yo confiada  
 estoy de que un Caballero  
 me tiene dada palabra

de venir con tres amigos  
 y son de nacion cristiana.  
 Respondió agudo don Juan:  
 aunque de sangre cristiana,  
 somos Genizaros Turcos,  
 sin reconocer ventaja  
 al Caballero que dices.  
 Respondió la Reina: basta;  
 desde luego doy licencia,  
 dueños sois de aquesta causa  
 en que por falsos traidores  
 mi inocencia está agraviada.  
 Cortés don Juan se despide,  
 y todos cuatro se entraban  
 con valor en la palestra,  
 donde ya los aguardaban  
 los cuatro mantenedores  
 dispuestos todos en ála.  
 Picó el primero el Alcaide,  
 y se fué con arrogancia  
 donde estaban los traidores,  
 y les dijo: por qué causa  
 pusisteis de vuesta Reina  
 en tanto riesgo la fama?  
 Y le respondió el Zegri:  
 porque en delicias profanas  
 los cuatro á la Reina vimos;  
 y sentidos de la infamia,  
 al Rey lo participamos,  
 manteniéndolo en campaña.  
 Dijo el fuerte Alcaide: miente,  
 que es la Reina honesta y casta;  
 y enojado á lo valiente,  
 con el cabo de la lanza  
 le dió tan tremendo golpe,  
 que si asegunda, lo mata,  
 Desmentido y ofendido,  
 el Zegri enristró la lanza,  
 y envistió para el Cristiano,  
 y comenzó la batalla.  
 Al gallardo de Ali Hamete  
 le tocó por su desgracia  
 el valiente don Manuel:  
 hizole á este tiempo cara  
 don Alonso á Mahandon,  
 y don Juan al que quedaba,  
 el valiente Mahandin,  
 que enristrando las dos lanzas,

partió el uno para el otro,  
 pareciendo que chocaba  
 un monte con otro monte,  
 y sin remediarse en nada,  
 ambos vinieron á tierra,  
 y sacando las espadas,  
 armaron tal herrería,  
 que las armas destrozaban.  
 A los primeros encuentros  
 por una treta impensada  
 el valeroso don Juan  
 sacó en un muslo una llaga.  
 Quiso que volviese al cebo,  
 y volviendo sin tardanza  
 don Juan ya sobreavisado,  
 señaló una herida falsa:  
 el Moro acudió al reparo,  
 cubriéndose con la adarga;  
 pero rebatiendo el brazo  
 don Juan con fuerza y pujanza,  
 todo un muslo le cortó  
 hasta cerca de la caña.  
 El Moro quedó burlado,  
 y antes que se recobrara,  
 alzó su brazo invencible,  
 y le dió tal cuchillada,  
 que le cercenó el pescuezo:  
 le asegundó, y como echaba  
 tanta sangre, fue bastante  
 á trastornarle de espaldas,  
 y rebolcado en su sangre,  
 acabó en mortales ansias.  
 Como don Juan lo vió muerto,  
 á Dios rindió muchas gracias,  
 y montado en su caballo,  
 allí hacia un lado se aparta.  
 Mahandon á don Alonso  
 le dijo: deja que vaya  
 ahora á vengar de mi hermano  
 la muerte, que esta batalla  
 despues la concluiremos.  
 Don Alonso dijo: calla,  
 y tu defensa procura,  
 que en el grado en que se halla  
 tu hermano, te verás presto,  
 pues ha de quedar vengada  
 hoy de los Abencerrages  
 tanta sangre derramada.  
 Encolerizado el Moro,  
 con furia arrojó la lanza,  
 y al revolver don Alonso  
 al caballo por la hijada  
 se le entró el agudo hierro,

quedándose atravesada,  
 El bruto muy mal herido,  
 dando saltos se quejaba,  
 sin sujetarse á las riendas,  
 y temiendo una desgracia,  
 de él se arrojó don Alonso,  
 y confiado en la ventaja,  
 el Moro le acometió.  
 Don Alonso al ver llegaba  
 á dar sobre él el caballo,  
 daba un salto y se apartaba.  
 Y al Moro le dijo airado;  
 si en apearte te tardas,  
 te he de matar el caballo,  
 que esa es accion muy villana.  
 Con esto el Moro se apea,  
 y sacando las espadas,  
 allí empezaron de nuevo  
 la sangrienta y cruel batalla.  
 Tuvo ocasion don Alonso,  
 y como diestro, la espada  
 se la entró por un vacio,  
 y le dió una herida mala.  
 El Moro airado y soberbio  
 á don Alonso descarga  
 tan desafortado golpe,  
 que el águila que llevaba,  
 le cortó, y en la cabeza  
 una mala herida saca,  
 y picado don Alonso,  
 antes que le asegundara,  
 por entre la abrochadura,  
 y la junta de las armas  
 la aguda espada le entró,  
 y le pasó las entrañas.  
 Cayó amortecido el Moro,  
 y agonizando allí acaba,  
 de lo cual dió Alonso  
 á Dios muchas alabanzas:  
 con el caballo del Moro  
 fue á donde don Juan estaba  
 don Manuel y Ali Hamete  
 fuertemente peleaban  
 á pie, pues ya los caballos  
 rendidos del todo estaban,  
 don Manuel con cinco heridas,  
 y el Moro con cinco malas  
 anda al rededor del Moro,  
 haciendo mil carabanas,  
 tirando á diestro y siniestro  
 rebeses y cuchilladas.  
 Don Manuel se estaba quieto,  
 aguardando se acercara,

y cuando lo tuvo á trecho,  
 alzando brazo y espada,  
 tan recio golpe le dió,  
 que cortó casco y adarga,  
 y parte de la cabeza.  
 Cayó el Moro ardiendo en rabia,  
 y volviendo en pie á ponerse,  
 le dió con la cimitarra  
 á don Manuel en el hombro,  
 pero no le ofendió en nada;  
 y alzando el invicto brazo,  
 le dió tan gran cuchillada,  
 que la cabeza le hundió  
 hasta cerca de la barba.  
 Al instante cayó el Moro,  
 y allí sin remedio acaba:  
 alzó don Manuel los ojos,  
 y á Dios le rindió mil gracias,  
 y montando en su caballo,  
 fue á donde los dos estaban.  
 El Alcaide y el Zegri,  
 blandiendo entrambos las lanzas,  
 se encontraron los caballos,  
 y los dos á tierra saltan,  
 y con la espada en la mano  
 empiezan nueva batalla.  
 Viendo el Moro que el Alcaide  
 no le cedia ventaja,  
 muy confiado en sus fuerzas,  
 porque eran agigantadas,  
 se abrazó con el Cristiano,  
 y un grande rato luchaban,  
 cuando el muy astuto Alcayde  
 se acuerdo de que llevaba

un puñal, y en el sobaco  
 repitió dos puñaladas;  
 y el Moro muy mal herido  
 furioso sacó una daga  
 para herirle y no podía,  
 por ser la hoja muy ancha.  
 Tercera vez el Alcaide  
 le metió por una hijada  
 el puñal, y cayó el Moro:  
 y allí antes que acabara,  
 puesta la rodilla al pecho,  
 le obligó que confesara  
 la traicion. y que los Jueces  
 viesen lo que declaraba.  
 De parte pues de la Reina  
 mil instrumentos sonaban  
 en señal de la victoria.  
 Muza se fué en su compañía  
 por el Zacatin arriba.  
 é iban haciéndole salva  
 los muy sonoros clarines,  
 hasta llegar á la Alhambra.  
 Allí fueron bien curados;  
 la Reina los visitaba,  
 rindiéndoles mil aplausos,  
 y la siguiente mañana  
 marcharon, por ser preciso,  
 y alegre toda Granada  
 con rendidas espresiones  
 el valor victoreaba  
 de los turcos mas bizarros  
 en la accion mas arriesgada.  
 Y en otra tercera parte  
 se dirá lo que aqui falta.

## TERCERA PARTE.

Habiéndose despedido  
 de la discreta Sultana  
 aquellos cuatro Cristianos,  
 que en la otra segunda plana  
 dije que la defendieron,  
 dejando limpia su fama,  
 dando muerte á los aleves,  
 que traidores le infamaban  
 y haciendo que por su boca  
 esta verdad declaráran:  
 quedó esta noble señora  
 muy triste y desconsolada,  
 sintiendo mucho su ausencia;  
 y al verse tan obligada,

agradecida quisiera  
 el partirse en su compañía,  
 para recibir gozosa  
 con el bautismo la gracia.  
 Tres años con desconsuelo  
 vivió, por verse privada  
 de este favor, hasta tanto  
 que el cielo abrió puerta franca  
 á sus vivas diligencias,  
 porque el deseo lograra.  
 El Campeon invencible  
 y Católico Monarca  
 don Fernando, que ahora mora  
 entre angélicas escuadras

en toda la Andalucía  
 dejó sus lunas menguadas,  
 y viendose dueño de ella,  
 para que mas se exaltara  
 la fe en todo el continente  
 de nuestra invencible España,  
 al compás de los clarines,  
 de los pifanos y cajas,  
 guió el campo, siendo el mismo  
 adalid que lo animaba,  
 con su dichosa consorte,  
 bella emulacion de Palas.  
 Conquistando valeroso  
 todo al reino de Granada,  
 todos los pueblos miraron  
 su soberbia avasallada,  
 menos la ciudad; por tanto  
 el fiero leon de España  
 mandó que inmediato á ella  
 de la noche á la mañana  
 otra poblacion formasen  
 en los ojos de Gúezarca,  
 cuya fábrica idearon  
 con disposicion gallarda  
 cuatro grandes de Castilla,  
 con cuatro muy dilatadas  
 anchas y espaciosas calles,  
 puestas en cruz; y allá al alba,  
 cuando el Católico Rey  
 llegó á verla, se admiraba,  
 porque siendo de madera  
 y de lienzo, denotaba  
 ser un fuerte inexpugnable,  
 no solo por sus murallas,  
 almenas y torreones,  
 sino por verla adornada  
 de un baluarte muy grande,  
 que horror á Marte causaba.  
 Le dió timbre de ciudad,  
 y quiso que se llamára  
 Santa Fé, dándole muchos  
 privilegios que aun se guardan.  
 Cuando los Moros la vieron  
 tan brevemente fundada,  
 concibieron mucho miedo,  
 acrecentando sus ansias  
 sus muros, sus torreones,  
 sus almenas y atalayas.  
 Aquí sentó los reales  
 su Alteza, donde formaban  
 las lanzas y los mosquetes  
 una maleza intrincada.  
 Aquí Moros y Cristianos

continuamente lidiaban,  
 en cuyas escaramuzas,  
 siempre lo mejor llevaban  
 los Cristianos, siendo azote  
 de la soberbia pagana.  
 Aquí fué donde aquel Moro  
 con denuedo y arrogancia  
 llegando junto á las tiendas,  
 á todos desafiaba,  
 y para mas irritarles,  
 con grande escarnio arrastraba  
 en la cola del caballo  
 de la Virgen sacrosanta  
 el Ave María escrita:  
 cuyo orgullo, cuya infamia,  
 sin obtener la licencia  
 del Rey, llegó á castigarla  
 Garcilazo, aunque muy jóven;  
 pues dándole con la lanza  
 por debajo del sobaco,  
 en tierra lo derribaba,  
 y apeando del caballo  
 con los filos de su espada  
 cortándole la cabeza,  
 del arzon quedó colgada:  
 y quitando del caballo  
 del Ave pura la tarja,  
 la besó y formo estandarte  
 en la punta de la lanza,  
 y con entrambos caballos  
 para el real caminaba,  
 donde el Rey mandó prenderle,  
 y la Reina lo indultaba;  
 pues si salió sin licencia,  
 adquirió lauros y fama,  
 dándole conformes todos  
 elogios por tal hazaña.  
 Al cabo de treinta dias  
 que su Alteza se acampaba  
 en Santa Fé con sus tropas,  
 se determinó entregarla  
 el Rey Moro, y para ello  
 á su hermano Muza manda,  
 que acompañado de muchos  
 de las mas nobles prosapias,  
 vaya por Embajador,  
 y que diga en su demanda,  
 que el Rey Audali su hermano  
 le hará entrega de Granada,  
 con todas sus fortalezas;  
 pero que le suplicaba,  
 que usase de la clemencia  
 que con los demás usaba,

sin perjudicar los bienes  
del que quedase en España,  
como ni impedir el paso  
al que al Africa se parta.  
Todo lo cual otorgado  
por el piadoso Monarca,  
en compañía de su esposa,  
y mucha gente esforzada,  
fue á tomar la posesion  
de ciudad tan deseada.  
Y junto al Genil salió  
el Rey Chico, y le entregaba  
las llaves de la ciudad,  
y subiéndose á la Alhambra,  
en la torre de Comares  
levantó la señal santa  
de la Cruz, y de allí á poco,  
de Fernando y de su amada  
esposa el regio estandarte.  
Y luego los Reyes de armas  
dijeron en altas voces,  
que todos las escucharan:  
el Rey don Fernando viva,  
y que reine edades largas  
con doña Isabel su esposa:  
por ambos desde hoy Granada.  
La real Capilla entonó  
el TE DEUM y fué tanta  
la alegría, que de gozo  
todo Cristiano lloraba.  
Tañian mil instrumentos  
por las calles y las plazas,  
y cuando vino la noche,  
fuegos hubo y luminarias,  
jugando galanamente  
las alcancías y cañas.

Y luego al dia siguiente  
todos los Grandes de gala  
visitaron á los Reyes,  
y al besar sus manos blancas,  
de Granada y de su reino  
lo juraron por Monarca.  
Fue tambien á visitarles  
muy gozosa la Sultana,  
y siendo bien recibida,  
reveló lo que archivaba  
ya tres años en su pecho,  
que queria ser Cristiana.  
Y los Reyes muy alegres  
ofrecieron ampararla,  
sirviéndole de padrinos,  
y el nuevo Arzobispo el agua  
le echó del santo bautismo,  
y quisieron se llamara.  
si Sultana, siendo Mora,  
doña Isabel de Granada.  
Y casándola despues  
con un jóven, que gozaba  
esclarecidos blasones,  
su Alteza con mano franca  
le dió en dote dos ciudades:  
y ella á su esclava Esperanza  
de Hita le dió libertad,  
y se fue á Mula su patria.  
El Rey Chico se partió  
para el Africa, en compañía  
de los Gomeles muy triste,  
pues real cetro no empuñaba;  
y en Africa alevos manos  
le dieron la muerte infausta.  
Y con esto el auditorio  
disimulará las faltas.

FIN.

CARMONA:—1853.

Imprenta de D. José M. Moreno, calle de las Descalzas núm. 1.